ECOS FRÁGILES

Relatos de amor y (des)amor

María Beatobe



ECOS FRÁGILES

Relatos de amor y (des)amor

María Beatobe

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor.

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Título original: Ecos frágiles

©María Beatobe, febrero 2025.

Diseño de portada: Marien F. Sabariego (ADYMA Design)
Maquetación interior: Marien F. Sabariego (ADYMA Design)

Todo pasa, pero primero te atropella

Para mi

Índice

Uno. Hace tanto frío que no le queda otra que arder
Dos. Líneas curvas.
Tres. Tres minutos al día
Cuatro. El verano que se desvaneció
Cinco. Lo que recuerdas al final
Seis. Lo que no pudo ser
Siete. A la sombra de la ausencia
Ocho. La marca
Nueve. Volverán los finales felices
Diez. Si algo no crece, se pudre
Once. Lo que fluye entre las líneas
Doce. Cicatrices
Trece. Todo lo que queda por venir
Catorce. Carta a mi yo de niña

UNO



Hace tanto frío que no le queda otra que arder.

Hace tanto frío que a Laura no le queda otra que arder. Lo piensa mientras amontona leña en el hogar, con los dedos entumecidos y torpes. La frase llega a su mente con un peso inesperado, como una manta que no abriga. ¿La habrá leído en algún lugar, o tal vez se la inventó? Es el tipo de pensamiento que aparece cuando has pasado demasiado tiempo en soledad, cuando el silencio empieza a devolver un eco que nunca pediste.

El fuego tarda en prender. Las astillas crujen, la llama avanza y retrocede como si dudara de sí misma. Laura sonríe, porque se siente igual. No sabe cuánto más podrá durar en ese frío, el de afuera y el de adentro.

Se dice a sí misma que está allí porque quería estar sola. Se repite que eso era lo que necesitaba: un espacio para respirar, para pensar. Pero lo que realmente quería era desaparecer, desvanecerse en el aire helado. Ese rincón apartado es perfecto para eso. La cabaña tiene un aislamiento que va más allá de las paredes gruesas y las ventanas selladas; es un aislamiento que se siente en los huesos, en el pecho. Y no ahoga.

Hace dos semanas que llegó, y cada día se convence menos de que fue una buena idea. El frío la rodea incluso cuando está dentro. Es como si algo en ella se hubiera congelado hace tiempo y no encontrara la manera de derretirse.

Él solía decirle que era fuego. Laura lo recuerda con nitidez, como si él estuviera ahí mismo, con esa sonrisa suya que siempre parecía un poco cansada. "Eres fuego, Laura. Siempre ardiendo por algo." Pero no lo decía como un cumplido. Lo decía como quien observa una llama que se está quedando sin aire. Como quien sabe que, tarde o temprano, va a apagarse.

Lo conoció una noche de verano, cuando el aire era denso y tibio, y todo parecía posible. Eran jóvenes y locos, y la conexión entre ellos parecía inevitable. Fue en una playa, en una fiesta donde nadie conocía a nadie, y él se le acercó como si la hubiera estado buscando toda la vida. La clase de conexión que solo existe en las primeras etapas del amor o en los recuerdos que el tiempo embellece.

Pero no fue solo verano. Hubo otoño, invierno, primavera. Hubo noches interminables y peleas que los dejaban exhaustos. Momentos en los que ella pensó que el calor que compartían podría consumirlos, pero nunca imaginó que también podría apagarse. Y lo hizo, aunque no de golpe. Fue un enfriamiento lento, como las hojas que amarillean sin prisa en otoño. Él dejó de mirarla como antes. Ella dejó de intentar.

El fuego en la chimenea finalmente prende. Las llamas crecen, lamen las astillas hasta convertirlas en brasas incandescentes. Laura siente el calor en la cara, como una caricia que no sabía que necesitaba. Se acerca un poco más, extendiendo las manos hacia el fuego. Su piel se enrojece al instante, pero no aparta las manos. Quiere sentirlo, quiere recordar.

Él también era fuego, aunque no como ella. Era un fuego que quemaba lento, constante,

mientras que Laura era todo chispa y explosiones. Quizá por eso nunca pudieron durar. O quizá solo fueron dos llamas luchando por el mismo oxígeno. Ahora, cuando piensa en él, no siente odio ni resentimiento. Solo queda el calor residual de algo que una vez fue. Algo que la hizo sentir viva.

El frío sigue presente, pero ya no es tan implacable. Es como si el fuego hubiera despertado algo en ella. Una chispa pequeña, pero suficiente. Laura se pregunta si podría dejarse consumir de nuevo, si sería capaz de arder sin miedo esta vez. O si el frío terminará ganando, como siempre.

La llama en la chimenea parpadea, como si también estuviera decidiendo qué hacer. Laura se acerca más al fuego, permitiendo que su calor la envuelva. No sabe si bastará, pero quiere intentarlo. Quizá, después de todo, arder sea la única manera de seguir adelante.

DOS



Líneas curvas

A veces, la vida te pone en situaciones que, a Eva, en otro momento, habría considerado deshumanizantes. Pero no hay otra opción que seguir adelante, de cualquier manera, de cualquier forma. El camino fácil, ese lo conocen todos; lo complicado es encontrar la manera que mejor encaje con una misma en ese momento, una que además se pueda sostener en el tiempo sin que Eva se derrumbe antes.

Ahora mismo, Eva solo ve líneas curvas, serpenteantes. Cada una se dirige hacia un lado diferente, y la verdadera dificultad radica en elegir. El problema, se da cuenta, es que se exige demasiado. Le aterra equivocarse, no tanto por ella misma, sino por quienes la acompañan en este proceso. Las personas a las que ha cuidado, sus "otros yo", como a veces los llama.

Le aterra no estar a la altura, no saber darles lo que necesitan en este momento. Porque, aunque parezca que no, es cierto: ella puede mantener la compostura, hacer ver que la vida sigue sin que aparentemente el mundo se haya hundido. Pero sí que lo ha hecho. Y no un poco, no de manera simbólica. Se ha desplomado de verdad. A peso muerto. Solo que, para los demás, resulta más fácil verla sonreír por fuera que llorar por dentro.

Eva no quiere mostrarse vulnerable, sobre todo ante quienes en otros momentos la vieron como alguien fuerte, alguien capaz de todo sin quebrarse ante nada. Quizá, si lo hiciera, perdería credibilidad. No quiere parecer "la pobrecita", porque de repente se siente pequeña. Pero no pequeña en edad, sino en tamaño, en importancia.

Esa sensación la consume: sentirse como si apenas levantara un palmo del suelo. Es un golpe duro, descubrir que no estaba tan erguida y fuerte como pensaba. Bastaron un par de palabras, dichas en el momento exacto, para lanzarla al vacío sin un paracaídas al que agarrarse y sentir el vértigo de la caída libre. Fue como si un tornado la hubiera alcanzado en mitad de la calle y la arrastrara varios metros, sin hacerle un solo rasguño por fuera. Las heridas están dentro. Tan dentro que no sabe si algún día sanarán.

O quizá no quiere que sanen. Esa idea le ronda la cabeza, retorcida y persistente. Aferrarse al dolor, piensa, es lo único que la conecta con la versión de sí misma que alguna vez supo ser. Esa versión tambaleante, sí, pero con algo de claridad. Ahora, todo lo que tiene son curvas y líneas que se enredan entre sí, con ella en el centro, ahogándola, tratando de encontrar una dirección. No una salida, sino una forma de caminar por este caos sin desmoronarse. Sin tropezarse y no encontrar una mano amiga al alzar la vista. Quizá era mejor cerrar los ojos y no esperar nada de nadie.

A veces se pregunta si este miedo a fallar no es más que un reflejo. Como si se viera a sí misma desde fuera, recordándose constantemente: "No puedes caer. No ahora. No cuando los demás esperan que sigas en pie." Pero también se pregunta qué pasaría si un día simplemente dejara de intentarlo. Si permitiera que la caída ocurriera, si aceptara que también es vulnerable,

que también tiene miedo, que también se ha hecho pequeña y no tiene idea de cómo volver a levantarse.

No lo hace. Porque da miedo. Asusta. Porque abrir esa puerta significaría dejar que alguien viera lo que hay dentro, y lo que hay dentro no es bonito. Al menos, ahora. Es un nudo de heridas mal curadas, cicatrices que no terminan de cerrar, recuerdos que se clavan como espinas cuando menos lo espera. Y es que el problema no es solo el dolor; es que se ha acostumbrado a él. Tanto que, cuando desaparece, queda un vacío que no sabe cómo llenar.

Así que sigue adelante. De cualquier manera, de cualquier forma. Porque, aunque no tenga claro hacia dónde va, sabe que no puede quedarse allí. Porque, aunque el miedo a equivocarse sea enorme, también lo es la necesidad de seguir intentándolo. Por los demás. Por ella misma. Por esa versión de Eva que alguna vez creyó que era fuerte, aunque ahora se sienta como una sombra de lo que fue. Rozando el suelo en una oscuridad absoluta.

Quizá, con el tiempo, encuentre la manera de trazar una línea recta entre tantas curvas. O quizá no. Pero empieza a comprender que eso no es lo importante.

Lo importante es seguir caminando.

Aunque sea a tientas.

TRES



Tres minutos al día

—¿Me pasas la sal?

Con la mirada gacha, la garganta seca y el corazón a mil, él respondió:

—Tenemos que hablar.

Una semana antes

Como todas las noches, él caminaba unos minutos desde el portal de su casa hasta la parada de metro que le llevaría a su puesto de trabajo. Lo positivo de hacerlo en el turno de noche, era que a esas horas apenas había gente haciendo uso del transporte público. Era bastante metódico e, invariablemente, elegía el mismo vagón para llevar a cabo el trayecto. Sin embargo, desde hacía un par de meses, el motivo de ser tan sistemático, era distinto.

Mientras esperaba en el andén, empezaban a sudarle las manos, quizá una muestra de anticipación de lo que, desde hacía un tiempo, sucedía a esa misma hora. A lo lejos distinguió las deslumbrantes luces del tren que se acercaba, cada vez más lento, hacia el andén. En su estómago empezó a sentir livianas cosquillas como si unas mariposas juguetonas deambularan con libertad dentro de su vientre.

Cuando el tren estaba a punto de detenerse, se acercó hacia las puertas que daban acceso al vagón de siempre, y esperó a que éstas se abrieran. Cuando lo hicieron, dio un paso tímido hacia su interior, echó un vistazo a su izquierda y, sin dudarlo, eligió el asiento que llevaba escogiendo desde hacía un tiempo. Igual que el vagón, igual que sus pensamientos.

Nada más sentarse, miró hacia el frente. Tragó saliva, el corazón le iba a mil por hora y se humedeció los labios.

Ahí estaba ella. En el mismo vagón de siempre. En el mismo asiento de siempre.

Cuando sus miradas se cruzaron ambos esbozaron una ligera sonrisa. Seguramente, para los dos, ese se había convertido en su momento favorito del día.

Sin palabras, solo culpables miradas, prudentes sonrisas y un brillo en los ojos que podría sustituir perfectamente al tintineo de los fluorescentes que alumbraban la estancia.

Hacia un par de meses que se habían visto por primera vez. Ella viajaba en el mismo asiento, junto a su bolso de ante marrón y el pelo recogido en una sencilla coleta que dejaba su rostro al descubierto, revelando una piel lisa, unos labios gustosos y un sugerente lunar bajo su labio inferior. Además de un brillante anillo de casados en los dedos anulares de ambos. Un pequeño gran detalle que complicada un poco las cosas.

Tras una semana en la que continuaron coincidiendo, pasaron de las miradas cautelosas, a las sonrisas cómplices.

Ninguno de los dos pronunciaba palabra alguna.

Apenas una parada les mantenía juntos.

Unos tres minutos de trayecto donde se decían todo y nada.

El día que se cumplió un mes de esa anómala relación, ella, sosteniendo su mirada y con las mejillas rosáceas, se retiró lentamente el anillo de casada para posteriormente meterlo en su bolso y esperar una reacción por su parte.

Él frunció el ceño para después alzar las cejas, la observó con confusión y la boca ligeramente abierta mientras los latidos de su corazón iban cogiendo una velocidad sorprendente. Jugueteaba con las manos y su respiración se aceleró. Solo un minuto más tarde ella había desaparecido de su vista y se marchaba por el andén, camino a no sabía dónde, no sin antes girarse y dedicarle una mirada interrogante.

Ella había dado el primer paso, y había sido demasiado poderoso como para ignorarlo.

No la volvió a ver hasta días después. Tiempo en el que las mariposas seguían vagando libremente por su vientre cada vez que jugueteaba con su anillo de casado, se lo quitaba y observaba su dedo desnudo, únicamente cubierto por una fina línea blanca, que marcaba el tiempo en el que ese objeto había permanecido allí.

Hacía tiempo que nada iba bien en su relación. La costumbre y la monotonía se acostaban cada noche con ellos y nada hacía aletear a esas mariposas hasta que cogía el mismo tren, el mismo vagón, el mismo asiento y la misma compañera de viaje.

El calendario había avanzado una semana desde que ella le había brindado aquel gesto tan significativo y, durante ese tiempo, había desaparecido. Su asiento permanecía vacío. Él, ante tal ausencia, había perdido algo el apetito, no era capaz de mirar a su mujer a la cara y se paseaba por casa con la postura gacha. Cada noche que entraba en el vagón y no la veía, le empezaba a faltar el aire y le costaba concentrarse en cualquier cosa que no fuera ella.

Esa noche se cumplían dos meses desde sus primeros tres minutos juntos, y él volvió a realizar la rutina de todos los días al ir al trabajo, cada vez más lánguido, menos esperanzado. Pero cuando atravesó la puerta de entrada al vagón, de sus labios emergió una sonrisa abierta, se le aceleró el corazón y la tensión acumulada se esfumó como por arte de magia.

Se sentó. Y cuando cruzaron sus miradas, el brillo en sus ojos, la amplia sonrisa de ambos y la respiración precipitada les delató. Él dirigió su mirada hacia las manos de la chica para comprobar si su ultimátum seguía en pie. Y así era, ni rastro del anillo.

En ese momento, él cogió aire y lo exhaló con determinación. Se mordió el labio inferior sin dejar de mirarla, con los ojos vidriosos y el corazón galopando sin descanso. Colocó la mano sobre el dedo anular derecho y lentamente comenzó a deslizar el anillo de boda. Su reacción no se hizo esperar. Ella abrió ampliamente los ojos y parpadeó con incredulidad, al tiempo que observaba con curiosidad su acción.

Sus mejillas comenzaron a adquirir un color cada vez más rosáceo al ver como él finalizaba el ritual y se guardaba aquel pequeño, pero nada insignificante objeto, en el bolsillo del abrigo.

Se miraron durante unos segundos con curiosidad, con deseo, con ganas.

Ella no se bajó en su parada.

Él tampoco lo hizo.

Comenzaban un nuevo trayecto juntos.

Tres minutos al día, un mismo vagón, un mismo asiento y una misma compañera de viaje.

CUATRO



El verano que se desvaneció

Nosotros también tuvimos nuestro momento. Una buena racha, como esas tormentas de verano que llegan con fuerza, revuelven el cielo, descargan su furia y luego desaparecen, dejando apenas un rastro de humedad en el aire.

Todo empezó con la despreocupación de quienes no conocen los finales.

Eras la novedad, la chispa en un julio que prometía ser como cualquier otro. Nos vimos por primera vez en una esquina de la plaza, mientras yo esperaba a un chico que nunca llegó. Tú estabas allí, con una camiseta descolorida y una bicicleta vieja, tratando de arreglar la cadena con dedos ya manchados de grasa. Me ofrecí a ayudarte sin pensar, aunque no entendía nada de bicicletas. Fue solo una excusa, pero bastó. Agradecí ser tan impulsiva.

Ese verano todo nos pareció posible. Nos reuníamos en el parque al atardecer, hablando de cosas que, vistas ahora, parecen insignificantes, pero entonces eran enormes. Una canción que escuchaste en la radio, el sueño de recorrer juntos la carretera en tu bicicleta, mi idea de escribir un diario para guardar cada instante y tu dibujando mensajes entre las páginas que descubrí tiempo después. Éramos un par de adolescentes jugando a ser algo más, construyendo castillos de aire.

La primera vez que me tomaste la mano fue tan natural que ni siquiera lo cuestioné. Es más, me encantó que lo hicieras. Caminamos así durante horas, sintiendo que el tiempo nos pertenecía. Tu risa se pegaba a las paredes de mi memoria, y tu forma de hablar, siempre entre pausas largas, hacía que pareciera que estabas pensando algo trascendental.

“Somos como el verano,” dijiste un día, tumbados en la hierba, mientras una nube pasaba lenta por encima de nosotros. “Rápidos, intensos y con fecha de caducidad.” Reí, porque parecía un comentario salido de una película romántica. Pero algo en tu voz hizo que me quedara pensando.

El cambio llegó de a poco. Como cuando notas que las noches se alargan y el calor comienza a menguar. Dejamos de vernos todos los días. Tus mensajes eran menos frecuentes. Yo seguía esperando en los mismos lugares, mientras tú empezabas a hablar de lo que harías cuando el verano terminara, de la escuela, de nuevos amigos que ni siquiera conocía.

La última vez que nos vimos fue casi un accidente. Estabas en el mismo banco de la plaza donde todo había comenzado, pero esta vez la bicicleta estaba intacta, y tú parecías distinto. Más lejos, aunque solo nos separaran unos pasos. Nos saludamos como siempre, pero algo había cambiado. No supe qué decir, y tú tampoco te esforzaste. Una charla corta, anodina, que no parecía nuestra. Pero que dijo más de lo que me hubiese gustado.

Cuando me fui, no miré atrás. No porque no quisiera, sino porque sabía que había llegado el final. Me sentí rota y vacía al mismo tiempo, como si me hubieran arrebatado algo que ni siquiera sabía que tenía.

Con el tiempo entendí que no había culpables. Los veranos no duran para siempre, y nosotros no podíamos ser la excepción. Ahora, cuando paso por la plaza, a veces miro el banco y pienso en aquel día en que todo empezó. No con tristeza, sino con algo parecido a una sonrisa. Tuvimos nuestra buena racha. Aunque se desinfló, fue nuestra, y eso, creo, es suficiente.

CINCO



Lo que recuerdas al final

A veces, el silencio tiene más peso que las palabras. Elena lo sentía ahora, en ese lugar donde todo parecía desvanecerse mientras el viento arrastraba las hojas secas sobre el camino. Era como si hubiera olvidado aquello que alguna vez le pareció claro: la razón detrás de cada decisión, de cada paso dado. Se sentía perdida, incapaz de recordar en qué momento se había esfumado el propósito de su vida.

Era extraño cómo, de pronto, las cosas más pequeñas se volvían imposibles de recordar. Como si el tiempo las hubiera borrado lentamente.

Recordaba su voz, suave, casi un susurro, siempre cerca de su oído. Pero ahora le sorprendía darse cuenta de que esa voz ya no resonaba en su cabeza con la misma claridad ni el mismo tono. El recuerdo de los momentos que habían compartido como si fueran promesas inquebrantables, se desmoronaba. Había estado tan segura de que la vida giraba en torno a esas promesas. ¿Cómo pudo haber sido tan ingenua?

Al principio, todo parecía tener sentido. La idea de los dos, la sensación de estar juntos en un refugio construido en sus mentes, era tan real, tan palpable. Cada conversación se sentía como un paso más hacia algo más grande, hacia una vida llena de posibilidades. Cada gesto, cada palabra, era una certeza de que aquello no se derrumbaría. Jamás.

Pero la vida tiene una forma cruel de mostrar la fragilidad de las convicciones. Él la miraba a los ojos como si realmente la viera, como si pudiera tocar su alma con la mirada. Y ella lo creyó. Lo hizo tan profundamente que se olvidó de sí misma, se olvidó de los momentos en que la soledad le era suficiente.

La gente dice que el amor es una fuerza que te eleva, que te hace sentir vivo. Pero, al final, Elena descubrió que el amor también puede deshacerte, vaciarte, dejarte buscando una razón para seguir adelante.

Lo supo el día en que él la miró, pero ya sin el brillo de antes. Sus ojos parecían vacíos, como si las palabras fueran demasiado pesadas para ser pronunciadas. Todo lo que habían compartido dejó de importar.

Aquel atardecer, cuando la luz parecía insuficiente, vio en sus ojos lo inevitable. Y supo, sin necesidad de decirlo, que aquello había terminado.

Elena quisiera haber dicho que la tristeza llegó como un golpe inesperado, pero no fue así. Fue un desgaste lento, una erosión constante. Las partes de sí misma que la hacían sentir completa se habían ido deshaciendo, arrancadas poco a poco, sin que ella se diera cuenta.

La vida, le habían dicho, es como un río que nunca deja de moverse, que siempre lleva hacia algo nuevo. Pero a veces no te lleva a donde esperabas. Elena se preguntaba si alguna vez hubo una razón por la que cruzaron aquel río juntos, o si simplemente fue el curso de las cosas el que los transportó a mar abierto, el destino, o tal vez solo una necesidad de llenar un vacío.

Ahora se encontraba allí, observando el paisaje que cambiaba constantemente, preguntándose si alguna vez había sido realmente feliz en todo aquello, si alguna vez entendió lo que debía hacer con su vida o si solo había vivido una ilusión.

A veces, se apreciaba ligera, como si nada importara. Pero en otras ocasiones, sentía el peso de las cosas que ya no podía cambiar. Y dudaba de si sería capaz de aguantar tanta carga. ¿Y qué le quedaba ahora? Solo el eco de los recuerdos, el sonido suave de lo que alguna vez fueron, pero que ya no podía tocar, ni oler, ni sentir.

El viento seguía soplando, llevándose las hojas secas mientras Elena permanecía allí, buscando algo que le recordara por qué las cosas habían sido como fueron. Quizá la respuesta siempre había estado frente a ella, pero ahora no era capaz de encontrarla.

SEIS



Lo que no pudo ser

Es curioso cómo, en ocasiones, los momentos más insignificantes pueden estar a punto de cambiarlo todo, aunque no lo sepamos entonces. Es como si las vidas estuvieran trazadas por una serie de hilos finos, invisibles, que se entrelazan sin que nadie los vea, hasta que un día algo ocurre y se tensan, se hacen tan fuertes que no hay manera de volver atrás. Pero no pasa de inmediato. No se trata de un instante fulgurante ni de algo obvio. Más bien, es como el crecimiento de un árbol: lento y silencioso, hasta que de pronto te das cuenta de que ha crecido lo suficiente como para cubrir todo el paisaje.

Inma recordaba el primer día que lo vio. No fue una fecha especial ni distinta a cualquier otra. Estaba en el café de siempre, con la taza de té que se enfriaba poco a poco mientras el sol de la tarde filtraba su luz a través de la ventana. Miraba el mismo libro que no podía terminar, escuchaba el murmullo lejano de conversaciones ajenas, perdida en pensamientos que se desvanecían tan rápido como llegaban. Y fue ahí, en medio de esa rutina, donde él apareció, sin ruido, sin alterar nada en la superficie.

No se fijó en su aspecto de inmediato ni en su manera de moverse, ni siquiera en su voz, que parecía ocupar con naturalidad el espacio a su alrededor. Fue algo más sutil, algo que ni siquiera supo identificar en ese momento. Como si su presencia, de alguna manera, comenzara a llenar los vacíos que ella había aprendido a ignorar.

Al principio, no fue más que una coincidencia, un cruce de caminos. No hubo ninguna chispa inmediata ni la sensación de haber encontrado algo esperado durante años. Fue solo una mirada, una sonrisa amable, y un par de frases intercambiadas con la despreocupación de dos desconocidos que no se deben nada.

Pero Inma se sorprendió a sí misma pensando en él después. No era algo que soliera hacer. No le interesaba involucrarse con nadie, no en ese momento. Y, sin embargo, él se quedó en su mente como una melodía que no lograba dejar de tararear.

Con el tiempo, se vieron con más frecuencia, primero por azar y luego de manera más intencionada. Las conversaciones que comenzaban con trivialidades se alargaban, tomando caminos inesperados, hasta que, sin darse cuenta, hablaban de cosas que ninguno compartía con facilidad. No hubo grandes promesas ni gestos desmesurados. Solo pequeños momentos que parecían fluir sin esfuerzo, como si el tiempo los estuviera tejiendo juntos, lentamente, sin que ellos lo notaran.

Lo curioso de ese amor, si es que podía llamarse así, era que no llegó como un incendio devorador, sino como un fuego lento que se avivaba con el tiempo. No era el tipo de amor que se encuentra en los libros ni en las películas, sino algo más sencillo, más cotidiano, pero también más real.

Sin embargo, la diferencia de edad siempre estuvo allí, como una sombra alargada que

ninguno mencionaba. Diez años. No parecía mucho cuando estaban juntos, cuando él la miraba con esa confianza sin fisuras, cuando le aseguraba que no importaba. Pero Inma lo sentía en cada conversación sobre el futuro, en cada referencia a los años que él aún tenía por delante.

Ella trató de convencerse de que podía ignorarlo. Que no debía sabotear lo que tenían por un número, por una idea impuesta de lo que debía ser. Pero la duda fue filtrándose en ella, gota a gota, hasta volverse insoportable.

Él luchó por ellos. Se aferró a la relación con una fe que a veces la conmovía y otras la aterrorizaba. Le decía que la quería, que no le importaban los años, que el tiempo no tenía por qué dictar lo que sentían. Y por un momento, Inma casi le creyó.

Pero no era suficiente.

No podía soportar la idea de que, un día, él despertara y se diera cuenta de que había perdido demasiado por estar con ella. Que mirara a su alrededor y viera todo lo que aún podía vivir, con alguien más joven, con alguien que no cargara con las mismas cicatrices. Que la mirara con el peso de la resignación y no con el amor con el que la miraba ahora.

Así que se fue antes de que él pudiera cambiar de opinión.

Lo hizo de la manera más limpia que pudo, sin peleas, sin recriminaciones. Solo palabras medidas y frías, como si estuviera firmando un contrato en lugar de rompiendo un vínculo. No porque no doliera, sino porque sabía que, si dejaba entrar siquiera un resquicio de emoción, no sería capaz de hacerlo.

Él intentó detenerla. Le dijo que no quería una vida sin ella, que lo que tenían era real. Pero ella solo pudo sonreír con tristeza. No había palabras que pudieran salvarlos.

Cuando cerró la puerta por última vez, sintió que algo dentro de ella se desgarraba. Se quedó de pie en la calle, con las manos temblorosas y el corazón acelerado. No miró atrás. Sabía que, si lo hacía, tal vez cambiaría de opinión.

Pasaron los días, y el dolor no desapareció. Se convirtió en un peso silencioso que la acompañaba a todas partes, como un recordatorio de lo que había dejado ir. Pero ella se repetía que había hecho lo correcto. Que era mejor así.

Y, sin embargo, cuando por las noches el silencio se volvía insoportable, no podía evitar preguntarse si, tal vez, había cometido el peor error de su vida.

SIETE



A la sombra de la ausencia

Hace un mes que se fue para siempre. Y sin embargo, no logro dejar de esperar que llegue, como si fuera posible que entrara por esa puerta, como si aún pudiera escuchar sus pasos en la madera del pasillo, su respiración suave que siempre precedía a su sonrisa. No sé cómo explicarlo, pero aunque la casa se ha quedado vacía, yo aún la siento llena de ella. La veo en cada rincón, en cada sombra que se alarga con el sol de la tarde, en cada arruga de la cortina que tocaba cuando pasaba, apresurada, a preparar la cena.

A veces, cuando la noche cae y todo se tranquiliza, me siento en la silla junto a la ventana, como siempre hacía. Desde allí mirábamos las estrellas, esas mismas que ahora me parecen tan lejanas, tan frías, como si ya no me ofrecieran consuelo. Pero, ¿cómo podría? Si ella ya no está. Lo peor de todo es que ni siquiera sé si volveré a sentir la paz que me daba su presencia. Ella, que siempre me decía que no pensara tanto, que dejara ir, que todo pasaba por algo. Pero yo no la escuchaba. Yo no quería escucharla.

La música, esa vieja canción de Nino Bravo, me ronda últimamente, como si fuera un eco de lo que debería sentir, de lo que me prometí en el momento en que la vi partir. "Cruzaré llorando el jardín", cantaba, y ahora, cuando la escucho, ya no puedo dejar de pensar en ella, como si su voz, la que me cantaba cuando aún tenía fuerzas, me alcanzara desde algún lugar lejano. A veces la siento cerca, en la quietud de la casa, en esos momentos de silencio que son más densos que cualquier ruido. Y yo, aquí, tan viejo, tan solo, todavía cruzo este jardín con los recuerdos de sus caricias, de su risa que hacía eco en mis oídos, de la forma en que se ocupaba de mí, como si mi vida dependiera de eso, como si su amor fuera la única razón por la que me despertaba cada mañana.

Lo que más me duele, lo que más me desgasta, es saber que no puedo ir a buscarla. Me gustaría ser como en las historias, donde uno puede cruzar el umbral, donde el amor te arrastra hacia la otra orilla, donde el tiempo se detiene, donde las promesas tienen algún tipo de sustancia. Pero no, yo me quedo aquí, esperando.

A veces, cuando me recuesto en la cama y cierro los ojos, me imagino que estoy esperando que venga a acostarse, como solía hacer cada noche. Ella se sentaba al borde, y luego yo sentía sus manos, las que siempre estaban frías, pero a mí no me importaba. "Hasta mañana", me decía, con esa voz suave que tenía, con esa manera tan peculiar de despedirse de mí, como si cada palabra fuese una caricia, una promesa. Y entonces me quedaba allí, sintiendo que todo parecía posible porque ella estaba a mi lado.

Sé que he llegado a este punto de mi vida sin comprender bien cómo ha pasado el tiempo. Todo ha sido tan fugaz. Cada día con ella era un regalo, pero no lo supe hasta que ya no pude tocarla. Ni siquiera pude decirle lo que debía. Siempre pensé que tendríamos todo el tiempo del mundo, que habría más días, más mañanas, más sonrisas. Pero no fue así. La vida, en su infinita

sabiduría, se la llevó demasiado pronto.

La canción sigue resonando en mi cabeza, como si quisiera darme una dirección, un rumbo. “Lejos de aquí, de día viviré, pensando en tus sonrisas…” Y yo sigo aquí, esperando que algo cambie, que el sol me devuelva algo de la luz que ella trajo a mi vida. Pero, ¿cómo hacerlo? ¿Cómo llenar este vacío? Sé que la vida sigue, o al menos eso dicen. De día, me levanto, hago mis pequeñas rutinas, como si todo estuviera bien. Pero es en la quietud de la noche, cuando el silencio me envuelve, cuando el jardín fuera se pierde en la penumbra, cuando siento que realmente cruzaré llorando, aunque nadie me vea, aunque nadie me siga. Cruzaré este jardín lleno de recuerdos, de sueños compartidos, de promesas que ya no puedo cumplir. Me voy, pero me juro a mí mismo, como siempre hice y dice la canción, que mañana volveré.

No sé si regresaré a mi vida como era antes, no sé si este jardín alguna vez volverá a tener el mismo brillo. Pero mientras tanto, seguiré aquí, mirando al cielo, esperando que la luz de las estrellas me guíe, aunque sólo sea un poco, a donde ella se haya ido.

OCHO



La marca

Cuando finalmente me quité el anillo, no fue un momento dramático ni premeditado. Estaba en la cocina, secándome las manos después de lavar los platos, y noté cómo la luz del atardecer se colaba por la ventana, cayendo sobre la piel blanca de mis dedos. Fue una decisión más física que emocional. El anillo, después de tantos años, comenzaba a apretarme, como si la piel se hubiera cansado de su peso constante. Lo deslicé con un pequeño tirón, y ahí estaba: una marca, más clara que el resto, como si el metal hubiera dejado una huella permanente.

Me quedé mirando mi mano por un largo rato, dando vueltas, como si la marca pudiera desaparecer con el movimiento. Pero no lo hacía. Era testaruda, la señal de algo que había estado ahí durante más de dos décadas y que no se marcharía tan rápido.

La marca no era solo física. En las semanas que siguieron, me sorprendí notando otras, menos visibles, pero igualmente presentes. Las sillas alrededor de la mesa de la cocina parecían ocupar un espacio diferente sin él. El aire en la casa era más denso, como si las paredes hubieran absorbido todas las palabras no dichas de los últimos años y ahora las exhalaran en un susurro constante. Incluso el armario, ahora solo mío, parecía más pequeño.

Un día, mientras limpiaba la mesa del comedor, encontré una pequeña grieta en la madera, justo en el lugar donde él solía apoyar su taza de café. Había estado ahí durante años, pero nunca la había notado. Ahora, con el tiempo para inspeccionar cada rincón de la casa, la grieta parecía casi insultante, un recordatorio tangible de las mañanas que habíamos pasado juntos, él leyendo el periódico mientras yo hojeaba revistas que nunca me interesaron realmente. Me pregunté cuánto tardaría esa grieta en desaparecer, o si alguna vez lo haría.

La marca en mi dedo, en cambio, comenzó a desvanecerse lentamente. La piel, acostumbrada a la presión constante del anillo, empezó a igualarse con el resto, aunque bajo la luz adecuada aún podía distinguirse una línea tenue, un vestigio de lo que había estado allí. Al principio, la miraba con frecuencia, casi obsesivamente, como si la desaparición completa significara algo más grande, una especie de liberación simbólica. Pero con el tiempo, dejé de prestarle atención. Había otras marcas que ocupaban mi mente: la forma en que la cama se sentía demasiado grande o el vacío de las conversaciones triviales que ya no tenían lugar.

Lo más extraño era cómo algunas cosas parecían no cambiar en absoluto. En el jardín, las rosas que él había plantado parecían parecer como si nada hubiera pasado. Las ramas de los arbustos, torcidas y ásperas, aún tenían las cicatrices de los cortes que él había hecho. Incluso el suelo, tan firme bajo mis pies, me recordaba las tardes que pasamos juntos arrancando malas hierbas, mientras él se quejaba del calor.

No sé cuánto tiempo pasó antes de que dejara de buscarlo en cada rincón de la casa, en cada rutina que habíamos construido juntos. Tal vez fue una tarde, mientras paseaba sola por el campo, cuando finalmente comprendí que su ausencia no era algo que pudiera llenar con

distracciones o nuevas prácticas. Era como la marca del anillo: persistente, resistente, pero, con el tiempo, menos visible, menos punzante.

La vida, en su manera cruel y hermosa, tiene una forma de seguir adelante, incluso cuando tú no estás lista. Aprendí a vivir con las marcas, a aceptarlas como parte de mí. Porque, aunque desaparezcan de la piel, algunas permanecen en la memoria, en los pequeños detalles que, como grietas en la madera, nunca se reparan por completo.

NUEVE



Volverán los finales felices

No es que estuviera buscando algo, ni siquiera sabía que me faltaba algo. La vida se había asentado en una especie de calma funcional. Los días transcurrían como una repetición monótona, pero cómoda, como un río que sigue fluyendo sin que nadie lo detenga. Había aprendido a valorar mi soledad después de la separación, a disfrutar del espacio que antes parecía un vacío.

Pero una tarde, mientras caminaba por la feria de libros usados en la plaza del centro, algo cambió. El aire era frío, y yo estaba abrigada con una bufanda de lana que todavía olía a los días lluviosos del invierno pasado. Pasaba los dedos distraídos por las tapas gastadas de los libros cuando escuché una voz a mi lado.

—Ese es bueno, ¿sabes? Aunque el final es un poco predecible.

Giré la cabeza, sorprendida, y me encontré con un hombre de sonrisa cálida y ojos oscuros. Sostenía un ejemplar del libro que yo acababa de tomar entre las manos. Por un segundo, no supe qué responder. Había algo en su tono, una ligereza, una cercanía, como si nos conociéramos desde siempre.

—¿Predecible? Bueno, a veces eso no está tan mal —respondí, sintiéndome de repente un poco avergonzada por el rubor que trepaba por mi rostro.

Él se encogió de hombros.

—Tienes razón. Hay días en que un final predecible es justo lo que uno necesita.

La conversación continuó, de manera inesperada y fluida. Me habló de su amor por los libros, de los cafés que solía frecuentar, de cómo nunca podía resistirse a una edición de segunda mano con anotaciones en los márgenes. Yo también hablé, más de lo que pensé que sería capaz. No recuerdo exactamente qué dije, pero sí recuerdo cómo me sentí: ligera, casi joven de nuevo. Como si ese momento rompiera algo dentro de mí, algo que llevaba demasiado tiempo encerrado.

Nos despedimos con una promesa vaga de encontrarnos en la misma feria algún día. Pero mientras caminaba de regreso a casa, con el libro en mis manos y una sonrisa que no podía contener, me di cuenta de que algo había cambiado.

En los días siguientes, no podía evitar pensar en él. En su voz, en la manera en que se inclinaba ligeramente hacia mí cuando hablaba, como si todo lo demás desapareciera. Había una emoción nueva creciendo en mi pecho, algo que no sentía desde hacía mucho tiempo. Mariposas, pensé con incredulidad, ¿esto aún sucede?

Volvimos a vernos, primero por una casualidad más bien premeditada, y después de manera más intencionada. Caminábamos por las calles del centro, hablábamos de nuestras vidas, de nuestras historias. Había algo en él que no intentaba llenarme, que no quería arreglarme. Solo estaba allí, presente, escuchándome como si cada palabra mía tuviera un peso especial.

Me di cuenta de que mi risa había cambiado. Era más auténtica, menos medida, menos forzada. Y no era solo él. Era todo lo que traía consigo. La sensación de ser vista, de ser escuchada, de ser alguien otra vez, no solo una mujer que había sobrevivido a un matrimonio fallido.

Una noche, mientras cenábamos en un pequeño restaurante con luces cálidas colgando del techo, lo vi de una manera que no esperaba. No era un hombre perfecto. Tenía arrugas en las comisuras de los ojos y una risa algo ruidosa que llamaba la atención de las mesas cercanas. Pero también tenía una forma de hablar que parecía darle peso a cada cosa, como si supiera que la vida estaba hecha de esos pequeños detalles que a menudo dejamos pasar.

Mientras lo observaba, una sensación de gratitud me invadió. No por él, o al menos no solo por él, sino por mí misma, por haber llegado hasta aquí, por haberme permitido sentir de nuevo. No se trataba de borrar las cicatrices ni de olvidar lo que había sido. Mis marcas estaban ahí, como los surcos de un anillo que una vez llevé. Pero por primera vez, no me pesaban. Estaban suavizándose, volviéndose parte de una piel nueva que podía respirar otra vez.

Cuando nos despedimos esa noche, con una promesa no dicha de volvernos a ver, caminé a casa bajo un cielo despejado. El aire tenía un frío que despertaba, y las estrellas, tan nítidas, parecían una invitación a seguir adelante. No sabía dónde me llevaría todo esto, pero eso ya no importaba. Lo que sentía ahora, esa mezcla de emoción e incertidumbre, era suficiente.

Y así, mientras el eco de su risa seguía resonando en mi mente, supe que algo hermoso había comenzado. No era un final feliz. Era un principio, un paso hacia algo que aún no podía nombrar pero que ya me hacía sonreír. Las mariposas habían vuelto, y con ellas, la certeza de que, de alguna manera, las historias con finales felices siempre se encuentran la manera de empezar otra vez.

DIEZ



Si algo no crece, se pudre

Lo entendí por primera vez en el jardín. Hay cosas que necesitas aprender tocándolas, oliéndolas, viéndolas marchitarse ante tus ojos. Yo estaba inclinada sobre las manos desnudas de la tierra, quitando maleza en un rincón donde solía haber tulipanes. Habían sido los preferidos de mi madre. Los plantaba en primavera con una devoción que siempre me pareció exagerada. "La tierra siempre responde", decía, aunque nunca aclaró si eso era una advertencia o una promesa.

Los tulipanes no habían vuelto ese año, ni el anterior. En su lugar, creció un desorden de hierba seca y raíces retorcidas. Lo curioso es que durante mucho tiempo no me importó. Dejé que el abandono se convirtiera en parte del paisaje, en algo tan normal como el color de las piedras o el sonido de los pájaros al amanecer. Pero aquella mañana, con los dedos hundidos en la tierra fría, algo me inquietó. Las raíces estaban podridas, deshechas en una especie de amasijo que se deslizaba entre mis manos. Fue entonces cuando lo sentí, como si alguien lo hubiera susurrado: si algo no crece, se pudre.

Lo mismo ocurrió con mi matrimonio. Al principio, todo parecía crecer. Las palabras que decíamos parecían echar raíces en el aire, y cada mirada tenía el peso de algo que iba a durar para siempre. No nos apresuramos. Dejamos que los años nos moldearan, como si nuestra vida juntos fuera un árbol joven que necesitaba espacio para extender sus ramas.

Pero un día, sin aviso, el crecimiento se detuvo. No fue por falta de amor, al menos no al principio. Fue más bien como un estancamiento, como si hubiéramos construido un invernadero que ya no dejaba entrar la luz. Las cosas cambiaron. Las palabras dejaron de sorprendernos. Incluso nuestras discusiones, cuando ocurrían, eran repeticiones de las mismas viejas heridas, los mismos reproches que nunca llevaban a ninguna parte.

"Estamos bien", me dijo, aunque sus ojos parecían mirar más allá de mí, hacia un punto que no alcanzaba a comprender. Me aferré a esa idea durante años, como si decirla en voz alta pudiera mantenernos a salvo de lo inevitable. Pero la tierra siempre responde.

Ahora, en esta casa demasiado grande para una sola persona, encuentro pequeños recordatorios de lo que fue. Un par de calcetines olvidados en el fondo de un cajón. Un libro con su nombre en la dedicatoria. Y luego está esa franja de tierra que solía florecer cada año y que ahora parece un campo de batalla olvidado.

Pensé en él mientras arrancaba las malas hierbas. Pensé en cómo dejamos que nuestras raíces se enredaran tanto que, al final, ninguna de las dos podía crecer. Pensé en las cosas que nunca nos dijimos, en los silencios que se volvieron muros entre nosotros. Si algo no crece, se pudre.

Ese pensamiento me tocó con fuerza, como una verdad que siempre había sabido pero que nunca quise aceptar. No era suficiente con permanecer, quedarse quieto y esperar que las cosas se mantengan iguales. Todo necesita crecer: el amor, la confianza, incluso la tristeza. Si no lo hace, se convierte en algo insalubre, algo que eventualmente te consumirá.

Hoy volví al jardín con un paquete de semillas en la mano. Las había comprado en el mercado esa misma mañana, después de pasar una hora caminando entre puestos de frutas y flores. "Plántalas ahora, y para el verano tendrás algo hermoso", me dijo la mujer que me las vendió.

Mientras las enterraba en la tierra, sentí algo parecido a la esperanza, aunque no estoy segura de qué esperanza es esa. Tal vez solo la posibilidad de que algo nuevo crezca, de que las raíces se extiendan otra vez. Quizás nunca vuelvan los tulipanes, pero eso no importa. Lo importante es el acto de plantar, de creer que la vida puede abrirse camino incluso en el terreno más estéril.

Y así, con las manos sucias y el aire fresco llenándome los pulmones, entendí algo que había tardado años en aceptar. Si algo no crece, se pudre. Pero siempre, siempre puedes plantar algo nuevo.

ONCE



Lo que fluye entre las líneas

Álvaro revisaba el teléfono todas las mañanas antes de levantarse. Deslizaba el dedo sobre la pantalla con movimientos metódicos, casi automáticos, deteniéndose apenas cuando veía su nombre: Felicidad. No hablaban todos los días, pero cuando lo hacían, la conversación se extendía en mensajes pausados, frases medidas, preguntas que a veces quedaban sin respuesta.

Se conocieron en un foro de literatura hacía tres años. Al principio, los mensajes eran casuales, comentarios sobre un cuento, una recomendación de novela. Con el tiempo, la charla se volvió más personal. Álvaro, con cincuenta y dos años, se sorprendía a sí mismo esperando con ansias la luz verde de su chat, como un adolescente frente al teléfono fijo en los años ochenta. Sabía que era absurdo, que la mujer al otro lado de la pantalla no era más que una idea alimentada por palabras y silencios. Aun así, no podía evitarlo.

Felicidad vivía en otra ciudad. Estaba divorciada y tenía un hijo adulto que vivía en otra ciudad. Álvaro le contaba sobre su librería, sobre su exmujer con quien mantenía una relación cordial, sobre sus caminatas por el parque en las tardes de otoño. Ella respondía con anécdotas sobre su perro, sobre las canciones que escuchaba mientras cocinaba. Era un intercambio delicado, como si ambos supieran que la magia residía en esa distancia, en la imposibilidad de concretar nada.

Los días en los que no hablaban, Álvaro se inventaba sus respuestas. Pensaba en qué podría haberle dicho ella, en cómo habría sonado su voz si alguna vez la hubiera escuchado de verdad. Imaginaba el timbre, la cadencia, las pausas. Le gustaba su versión de Felicidad, la que solo existía en su cabeza, en el reflejo de las palabras escritas en la pantalla de su teléfono. Pensaba en cómo sería verla en persona, si al sentarse frente a ella en una cafetería descubriría que su risa era distinta, que su perfume no coincidía con lo que había imaginado, que tal vez no tendría las mismas palabras precisas y cuidadas que usaba al escribir.

Un día, sin previo aviso, Felicidad mencionó que viajaría a su ciudad. No hubo promesas de encuentros ni insinuaciones directas, solo un comentario casual, una línea en un mensaje que Álvaro leyó y volvió a leer, sintiendo cómo algo en su pecho se tensaba. Durante días se debatió entre la emoción y el miedo. ¿Y si se veían? ¿Y si la realidad rompía la fantasía? ¿Y si después de años de conversaciones fragmentadas, la voz y la presencia de Felicidad desarmaban todo lo que había construido en su mente?

El día de su llegada, Álvaro se encontró deambulando por la ciudad sin rumbo. Entró en su cafetería favorita, la misma desde donde le había enviado tantas fotos a Felicidad. Se sentó junto a la ventana y pidió un café que no bebió de inmediato. Miró la calle con el corazón acelerado, esperando ver una silueta que encajara con la imagen que había formado de ella. Afuera, la gente pasaba sin prisa, el aire llevaba consigo un olor tenue a lluvia. Se preguntó si ella también estaba cerca, si quizá estaba en otra mesa, a pocos metros de distancia, observándolo del mismo modo

en que él escudriñaba el mundo más allá del vidrio.

Se quedó ahí un largo rato, con el teléfono en la mesa, sin revisar si había un mensaje nuevo. Cuando finalmente se levantó para irse, miró una última vez a su alrededor, preguntándose si ella había estado ahí en algún momento o si solo era otra imagen proyectada en su mente. Salió a la calle y comenzó a caminar. Sintió el aire fresco contra la piel y, por primera vez en mucho tiempo, el peso de la incertidumbre le pareció ligero, casi placentero.

Entonces vio a una mujer que le sonreía desde el otro lado de la calle.

DOCE



Cicatrices

Leire ya no sabía cómo era amar sin miedo.

Lo pensó una tarde cualquiera, en la fila de una cafetería, mientras observaba a una pareja en la mesa de la ventana. Ella hablaba con entusiasmo, gesticulando con las manos, mientras él la miraba con la fascinación despreocupada de quien no teme al amor. Leire sintió un nudo en el estómago. No por celos, ni por nostalgia, sino por la certeza de que ella ya no podría amar así.

No después de él.

El amor había sido otra cosa para ella. Algo que comenzó con una ternura engañosa, con gestos pequeños que la hicieron sentir especial. Había sido la atención constante, el roce de su mano en la suya, la promesa de que nunca había amado a nadie como a ella. Se sintió afortunada, elegida. No vio las señales. O quizás sí, pero no quiso verlas.

Lo que al principio fue devoción pronto se convirtió en control disfrazado de cuidado. Preguntas que sonaban a preocupación, pero que eran otra cosa. Comentarios que, aunque suaves, iban desgastando su seguridad. Esa ropa no te queda bien. No deberías hablar tanto. No te das cuenta de cómo te miran los demás. Hasta que un día, sin que supiera en qué momento exacto ocurrió, se encontró a sí misma pidiendo permiso para cosas que antes hacía sin pensar.

Cuando lo recuerda, no sabe si lo amó o si solo aprendió a necesitarlo.

Lo dejó. Finalmente, lo dejó. Pero no fue como cerrar una puerta y seguir adelante. No fue un alivio inmediato. Fue un vacío. Una sensación de vértigo que la dejó tambaleando, preguntándose si había cometido un error, si acaso estaba dejando ir al único que la había amado de verdad.

Ahora, meses después, sabía que no era amor lo que había perdido, sino algo mucho más retorcido. Y sin embargo, el daño seguía allí.

Las cicatrices que él dejó no eran visibles, pero estaban en todo. En la manera en que dudaba antes de hablar demasiado. En la forma en que sentía culpa por ocupar demasiado espacio. En el miedo irracional que sentía cuando un hombre le decía que le gustaba. ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Qué quería de ella?

El problema no era que él la había dejado de amar. El problema era que ella había dejado de amarse a sí misma.

Le tomó tiempo entenderlo. Tiempo y muchas noches en vela, muchos silencios en los que solo quedaba ella y el eco de lo que había soportado. Aprendió a caminar de nuevo sin sentir que debía disculparse por cada paso. Aprendió a mirarse al espejo sin escuchar su voz en su cabeza.

Y un día, sin saber exactamente cómo, sintió que estaba lista.

No para amar a alguien más. No todavía. Pero sí para creer que, tal vez, algún día, el amor no tendría que doler.

TRECE



Todo lo que queda por venir

Cuando cerré la puerta por última vez, el eco del portazo resonó en la casa vacía. Me quedé allí, inmóvil, mirando el espacio que ahora era solo mío. El silencio era ensordecedor. No había risas, ni discusiones, ni el ruido de sus llaves al caer sobre la mesa. Solo yo, enfrentándome a una nueva realidad que, aunque elegida, me aterraba.

Las primeras semanas fueron un torbellino. Me despertaba cada mañana con una sensación de caída libre, como si el suelo bajo mis pies se hubiera desvanecido. La casa parecía más grande, más fría. Cada rincón escondía un recuerdo: su taza olvidada en la cocina, el hueco vacío en el armario, las fotos que no me atrevía a quitar de las paredes. Había días en los que me sentía fuerte y convencida de mi decisión, pero otros en los que la ausencia se volvía insoportable. ¿Cómo se sigue adelante cuando todo lo que conocías ya no está?

Lo que más me asustaba no era estar sola. Era la idea de que esto fuera todo, de que nunca más volviera a sentirme especial para alguien. Durante años había sido parte de un "nosotros". Ahora tenía que aprender a ser solo "yo".

Pero algo cambió un día cualquiera. Estaba en la cocina preparando té cuando me di cuenta de que ya no esperaba escuchar sus pasos en el pasillo ni revisaba mi teléfono buscando un mensaje suyo. Fue un momento pequeño, casi insignificante, pero marcó el inicio de algo nuevo.

Empecé a caminar sin rumbo por las tardes, disfrutando del aire fresco y del simple hecho de moverme sin tener que dar explicaciones a nadie. Me apunté a un taller de cerámica porque siempre había sentido curiosidad, aunque mis manos torpes no lograban crear nada digno de admiración. Llamé a viejas amigas con las que había perdido contacto y descubrí que aún estaban allí, esperándome con los brazos abiertos.

Y entonces sucedió algo inesperado: empecé a disfrutar mi propia compañía. Había pasado tanto tiempo intentando ser suficiente para alguien más que nunca me había preguntado si yo me bastaba a mí misma. Por primera vez en mucho tiempo, descubrí que sí.

No voy a mentir: hubo días en los que la tristeza volvió sin avisar, como una vieja conocida que se sienta junto a ti y te recuerda lo que fue. Pero ya no la temía. Le daba espacio para estar y luego la dejaba ir.

Con el tiempo entendí algo importante: no necesitaba apresurarme ni buscar algo o alguien para llenar el vacío. Me di cuenta de que mi vida era mía y podía construirla como quisiera. Sé que algún día volveré a enamorarme; no porque lo necesite, sino porque el amor es impredecible y siempre encuentra su camino. Pero esta vez sé algo diferente: quien llegue tendrá que amarme tal como yo he aprendido a amarme.

Hoy camino hacia adelante sin mirar atrás con añoranza. No espero nada ni a nadie; simplemente disfruto del presente y todo lo que está por venir. Porque al final, este viaje no se trataba de perder a alguien más; se trataba de encontrarme a mí misma. Y eso es lo más hermoso

que he descubierto hasta ahora.

CATORCE



Carta a mi yo de niña

Querida Carmen,

Te escribo desde un lugar que tú aún no conoces, un lugar que está lleno de aprendizajes, de caminos recorridos y de momentos que, aunque ahora no puedes imaginar, algún día serán tuyos. Estoy aquí para hablarte con la verdad, para decirte lo que me habría gustado escuchar cuando tenía tu edad.

Sé que a veces te sientes pequeña en un mundo que parece tan grande. Sé que te preguntas si tienes lo necesario para destacar, para ser vista, para ser suficiente. Y quiero que sepas algo desde ahora: ya lo eres. No necesitas demostrarle nada a nadie para merecer amor, respeto o felicidad. Todo eso ya está dentro de ti, aunque aún no lo sepas.

Habrá días en los que las cosas no saldrán como esperabas. Días en los que el mundo parecerá más frío y las personas menos amables. Pero también habrá días llenos de luz, días en los que sentirás que todo encaja y que la vida es tan hermosa como siempre soñaste. Ambos tipos de días son importantes; ambos te harán crecer.

Quiero hablarte del amor porque sé que sueñas con él, como si fuera el centro de todo. Y sí, el amor llegará, pero no será como en los cuentos que tanto te gustan. Habrá personas en tu vida que te querrán profundamente y otras que no sabrán cómo hacerlo. Pero escucha esto: el amor más importante será siempre el que te tengas a ti misma. Aprende a cuidarte, a escucharte y a tratarte con la misma ternura con la que cuidarías a alguien a quien amas.

No tengas miedo de soñar en grande, Carmen. Hay quienes intentarán frenarte o hacerte creer que tus metas son demasiado altas o tus ideas demasiado locas. No les creas. Sigue adelante con la cabeza alta y el corazón lleno de confianza. Tienes todo lo necesario para construir la vida que deseas; confía en ello.

Y cuando lleguen los momentos difíciles —porque llegarán— recuerda esto: eres fuerte. Más fuerte de lo que imaginas ahora mismo. Cada desafío será una oportunidad para descubrir nuevas partes de ti misma, para crecer y convertirte en la mujer increíble que estoy viendo ahora mientras escribo esta carta.

Por último, nunca olvides quién eres ni lo valiosa que eres por el simple hecho de existir. No necesitas cambiar ni moldearte para encajar en ningún lugar; tú ya eres suficiente tal como eres.

El futuro será hermoso porque lo construirás tú misma, paso a paso, con valentía y amor propio.

Con todo mi cariño y admiración,

Tu yo del futuro